

Los vencedores, una novela reportaje de denuncia en la España del feudalismo industrial*

Los vencedores, a Denunciation Journalistic Narrative in the Spain of Industrial Feudalism

Lucía Hellín Nistal

Universidad Autónoma de Madrid
lucia.hellinnistal@gmail.com

ORCID iD: <http://orcid.org/0000-0002-7141-8194>

RESUMEN

Los vencedores (1908), la primera novela de la serie titulada *Las luchas de nuestros días* de Manuel Ciges Aparicio, es una novela reportaje pionera que había sido condenada al olvido. Se trata de una novela social que busca una relación muy directa con la realidad para denunciar el régimen caciquil de principios del siglo XX en España. En este artículo nos proponemos analizar los mecanismos mediante los cuales el dispositivo narrativo desarrolla esta denuncia y permite acceder a las claves estructuradoras de ese régimen. El diálogo con la discusión elaborada por György Lukács sobre la novela reportaje en su artículo de 1932 «¿Reportaje o configuración? Observaciones críticas con ocasión de la novela de Ottwalt» nos permitirá pensar los límites y tensiones de la confluencia entre el género narrativo y el periodístico.

Palabras Clave: Novela reportaje; novela de no ficción; Manuel Ciges Aparicio; novela social; caciquismo.

ABSTRACT

Los vencedores (1908), the first novel of the series *Las luchas de nuestros días* by Manuel Ciges Aparicio, is a pioneering journalistic narrative that had fallen into oblivion. It is a social novel that seeks a highly direct relation with reality in order to denounce the despotic regime at the dawn of the XX century in Spain. In this article we aim to analyse the mechanisms through which the narrative device develops this denunciation and allows access to the structural keys of this regime. A dialogue with the discussion about the journalistic narrative developed by György Lukács in his article of 1932: «Reportage oder Gestaltung. Kritische Bemerkungen anlässlich des

* Investigación realizada bajo el amparo del proyecto de referencia PGC2018-093852-B-I00 «Analogía, equivalencia, polivalencia y transferibilidad como fundamentos retórico-culturales e interdiscursivos del arte de lenguaje: literatura, retórica, discurso», financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

Roman von Ottwalt», will allow us to think the limits and tensions of the confluence between the narrative and the journalistic genre.

Key words: Journalistic Narrative; Non-fiction Novel; Manuel Ciges Aparicio; Social Novel; Despotism.

INTRODUCCIÓN

Los vencedores (1908), de Manuel Ciges Aparicio, es una novela reportaje que denuncia la injusticia que genera el sistema social español de principios de siglo XX, que desvela los mecanismos que sostienen dicho sistema y que apunta algunas vías, agotadas o no, para oponerse al mismo. Es, por tanto, una novela social y política profundamente permeable a la realidad de su tiempo que, partiendo de una situación concreta y real como era la de la minería del norte del país, ofrece claves para entender el régimen de entonces sin huir del elemento más político. Precisamente lo político de la denuncia y el análisis se encontrarán presumiblemente entre las causas que han provocado el olvido del texto que, salvo honrosas excepciones, ha quedado fuera de la crítica y, aún más, de los currículos formativos. Desaparición que, como explica Gabriel Núñez, está relacionada con la construcción del canon literario y se ve motivada por distintas razones que señala:

Estas historias de la literatura y las antologías que comparten protagonismo con ellas en los centros educativos son responsables de la selección de textos y autores que, también por razones lingüísticas, estéticas, didácticas, morales, ideológicas o políticas, han pasado a formar parte del canon literario moderno (Núñez 2014, 40).

El objetivo del presente estudio que trata de contribuir a rescatar esta obra del olvido será analizar los mecanismos mediante los cuales el dispositivo narrativo desarrolla una denuncia de la sociedad caciquil de la época y permite acceder a algunas de las claves estructuradoras de ese régimen. Para ello pensaremos la relación con la realidad que establece un texto entre la novela y el reportaje y será de gran utilidad establecer un diálogo con la discusión elaborada por György Lukács sobre este tipo de novela en su artículo de 1932 «¿Reportaje o configuración? Observaciones críticas con ocasión de la novela de Ottwalt¹». Sin embargo, se hace indispensable, antes de estudiar la obra como novela reportaje que habla de su tiempo, trazar unas breves líneas sobre su inserción en el conjunto de la obra de Ciges Aparicio, así como en su propio contexto.

¹ La novela de Ernst Ottwalt a la que hace referencia es *Denn sie wissen, was sie tun. Ein deutscher Justiz-Roman*, publicada en 1931.

LAS LUCHAS DE NUESTROS DÍAS EN EL FEUDALISMO INDUSTRIAL

No solo la novela que nos ocupa ha quedado fuera del canon, sino también su autor Manuel Ciges Aparicio, mencionado al pasar como un autor menor de la Generación del 98² en el mejor de los casos. Su obra muestra una preocupación por la cuestión social y, a menudo, una denuncia del régimen caciquil de principios de siglo. Tuñón de Lara habla del autor como perteneciente a la «tendencia “social” y “obrerista”» (Tuñón de Lara 2018, 115). Su autobiografía novelada en cuatro volúmenes es una buena muestra de ello. El primero de ellos, que cosechará cierto éxito, titulado *El libro de la vida trágica. Del cautiverio* y publicado en 1903 habla de sus dos años y cuatro meses en prisión por haber escrito artículos clandestinos para *L'Intransigeant* desde Cuba denunciando la corrupción de los oficiales del ejército español destinados a la isla. Después de *El libro de la vida doliente. Del hospital* (1905), más centrado en el dolor humano a partir de la convalecencia del autor, vuelve a poner en el centro la denuncia del régimen con el tercer volumen, *El libro de la crueldad. Del cuartel y de la guerra* (1906). En él se ocupa de la corrupción del ejército español que conoce como testigo y parte ya que había ingresado como soldado en 1893. El último, también escrito desde la experiencia propia y con un profundo conocimiento del sector, expresará el desengaño del autor con respecto a la prensa republicana de la oposición. *El libro de la decadencia. Del periódico y de la política* (1907) da una visión del funcionamiento de esta prensa en connivencia con intereses privados y alejada de la función social y política que el autor considera debería tener.

Esta preocupación social se expresa con mayor intensidad en la serie *Las luchas de nuestros días*, de la que forma parte la novela que nos ocupa. El propio nombre de la serie adelanta dos elementos que caracterizan la obra, la existencia de la lucha de clases y el interés por recogerla, así como la actualidad de lo narrado. Además, como advierte Cecilio Nicolás Alonso en su tesis sobre Ciges, *Las luchas de nuestros días* es también el título de un texto del dirigente republicano Pi y Margall de 1884 (Alonso 1985a, 187), pudiendo establecerse cierto guiño a sus posiciones o, como afirma Eloy Navarro, constituir un intento de «llamar la atención sobre el hecho de la evolución de la naturaleza de esas mismas luchas a las que, desde su característico utopismo social, hacía alusión el patriarca federal» (Navarro Domínguez 2003, 27). Se trata de una serie de tema minero, compuesta por el binomio *Los vencedores* (1908) y *Los vencidos* (1910). Ambas tienen una íntima relación con la labor de Ciges Aparicio como periodista, en tanto parten de sendas series periodísticas elaboradas a partir de viajes de denuncia a zonas mineras del norte y del sur de la península, respectivamente. La segunda publicación surge de la reela-

² Eugenio C. de Nora habla de «una de las más brillantes figuras menores de la generación del 98» (de Nora 1969, 299).

boración de dieciocho artículos publicados en *El Mundo* y más tarde en *El Socialista* sobre las minas de Riotinto y Nerva y, como el propio título indica, se centra más en la situación de los mineros, los vencidos³.

Los vencedores, por su parte, tiene su materia prima en un viaje del autor a Santander en 1906, cuando entra en contacto con las problemáticas de la minería del norte en huelga. A partir de esa experiencia publica en 1907 cuatro artículos en *España Nueva*, el diario de Unión Republicana. Estos artículos serán el germen de la novela *Los vencedores*, que narra desde el lugar de los hechos y a partir de diversas entrevistas e indagaciones las consecuencias de la derrota de los mineros en la huelga general declarada en Mieres entre febrero y abril de 1906, conocida como la *huelgona*. Como explica Alonso: «El plan de Ciges consistía en revelar con minuciosidad la red caciquil asturiana controlada por las familias Pidal, Guilhou y Comillas, sin olvidar las conexiones con el capital exterior» (Alonso 1985a, 143). Así, el texto también muestra y denuncia los mecanismos de dominación, los abusos de las empresas mineras y la complicidad de los políticos locales. Incide en las consecuencias de la derrota que, en un ambiente de persecución y control por parte del entramado que constituyen las autoridades empresariales, políticas, judiciales y policiales, reducen a su mínima expresión la organización de los trabajadores y establecen un ambiente opresivo donde la explotación en las pereros condiciones imaginables pasa a ser la norma incontestable. Si en la segunda novela de la serie el foco se centrará en presentar la situación de los mineros, en esta novela, que no renuncia a plantear su miseria, el hambre o las terribles condiciones de trabajo, el centro se encuentra en explicar la dominación de la familia propietaria de la fábrica junto a las autoridades. Los artículos publicados bajo el título «Feudalismo industrial» en la prensa constituirán diez de los treinta capítulos del libro, en el que además los nombres propios de personas y lugares se suprimen, tal vez como medio para protegerse como autor, pero sin duda con el efecto de universalizar y generalizar una situación que se multiplicaba en cada aldea minera.

Para comprender la emergencia de una obra que toma esta idea de «feudalismo industrial» y la denuncia y análisis que encierra, es indispensable entender que nos encontramos en un contexto en el que el régimen ha recuperado cierta

³ Ciges tiene que llevar a cabo una insistente lucha por la publicación de *Los vencidos*. En primer lugar, algunos periódicos como *El Universo* y *La Época* denunciaron públicamente los artículos publicados en *El Socialista* por contener información inexacta y más adelante, cuando Ciges busca editor para el libro, «sus diligencias resultan infructuosas y llega a la conclusión de que se está formando una conjura editorial contra él, movida secretamente por el banquero Gustavo Bauer en nombre de Rothschild» (Alonso 1985, 206). Consigue su aceptación por la Casa Editorial Hernando, pero a finales de enero del año siguiente, en 1911, aún no había llegado a su poder un solo ejemplar, cuestión de la que se queja el propio Ciges en una carta recogida por Alonso: «Me han dicho que llegó a publicarse; pero son muy pocas las librerías que han recibido uno o dos ejemplares. La prensa no lo ha anunciado, y nada tiene de particular, porque ni a los periódicos en que colaboro lo han enviado... En fin; yo soy el autor y ni de mí mismo se han acordado» (Alonso 1985, 249).

apariencia de fortaleza a partir del comienzo del reinado de Alfonso XIII en 1902 con un turnismo reactualizado pero que esconde una gran inestabilidad política, como muestra el hecho de que haya treinta y tres ministerios entre 1902 y 1923. Una buena y concisa definición del periodo podría ser aquella que describe a la historia de la Restauración, más allá de su estructura de poder basada en el turno mecánico, como «la historia de un deterioro constante y de un equilibrio, por lo demás, inestable» (Blanco Aguinaga, Rodríguez Puértolas y Zavala 2000, 147). Si bien desde 1890 se había instaurado el sufragio «universal», aún limitado, sigue siendo la española una sociedad caciquil profundamente antidemocrática. Por otra parte, la actividad productiva era fundamentalmente agraria —el 66% de la población activa de la primera década del siglo XX en España era rural y agraria (Tuñón de Lara 1981, 409)—, si bien durante la Restauración va a tener lugar un despegue de la industria. En concreto, en la primera década del siglo aumenta la producción carbonífera, de cobre y hierro (Tuñón de Lara 1981, 410), aumentando la población minera que Ciges Aparicio recoge en sus textos.

Es importante señalar que, mientras se desarrolla el capital y la industria y se desarrolla una burguesía nacional, a pesar de que gran parte de la industria esté en manos extranjeras —elemento presente en el caso recogido en *Los vencedores*—, también crece la clase trabajadora, que comienza a crear sus propias organizaciones y a desarrollar fenómenos de lucha como la huelga general de 1890, la huelga de 1902 en Barcelona y Andalucía o la *huelgona* de Mieres. La clase obrera junto al proletariado campesino andaluz empieza a enfrentarse a la clase dominante, que ya es una alianza entre la nueva burguesía y la vieja oligarquía (Blanco Aguinaga, Rodríguez Puértolas y Zavala 2000, 142), una conflictividad social que va a permear la literatura social y política.

La burguesía progresista y sectores de la intelectualidad pequeñoburguesa también muestran públicamente su descontento «por un lado, con quejas y pesimismo sobre la realidad española y, por otro, con la creación paulatina —a la larga también inestable— de coaliciones de fuerzas que, andando el tiempo, participarán en la creación de la frágil Segunda República» (Blanco Aguinaga, Rodríguez Puértolas y Zavala 2000, 148). Este malestar se expresa, por una parte, a través de un reformismo liberal que defiende la necesidad de una regeneración frente al caciquismo, a menudo acompañada de un fuerte pesimismo hacia el pueblo español. De hecho, algunas reformas se consiguen durante esos años, como la ley de descanso dominical de 1903, o la ley de inspección de trabajo de 1906. Si bien es cierto que se trata de reformas de corto alcance, como comentará el texto de Ciges Aparicio que veremos a continuación. De este sector surgen iniciativas para llevar formación a las capas populares, como la que llevan adelante un grupo de Profesores de la Universidad de Oviedo (Ruiz 1981, 477) que también será mencionada en la novela. Por otra parte, este malestar se expresa también por otro sector de la intelectualidad en una crítica sociopolítica más profunda del sistema que identifican como el capitalismo: «El problema de España era para ellos, sencillamente el de la lucha de

clases, a la cual intentaron incorporarse en su juventud del lado del proletariado» (Blanco Aguinaga, Rodríguez Puértolas y Zavala, 2000 146). Ciges Aparicio es uno de estos intelectuales que, resultado del fracaso del proyecto liberal burgués, se alinean con el proletariado a principios de siglo, más allá de su evolución ideológica posterior, y ponen encima de la mesa mediante sus textos la idea de que el orden social puede y debe cambiar, sea mediante la reforma, sea con una transformación profunda de la sociedad.

LOS VENCEDORES, UNA NOVELA REPORTAJE PIONERA

Los vencedores, de igual manera que su contraparte *Los vencidos*, puede ser clasificado sin mucha dificultad como una novela reportaje en cuanto parte de un reportaje efectuado en una zona minera del norte de la península, que de hecho da lugar a varios artículos que serán publicados en la prensa, y que será reelaborado literariamente dando lugar al texto publicado en 1908. La novela reportaje es, como el propio nombre indica, un género híbrido, en el que se encuentran dos géneros que ya poseen de por sí características tendientes a la mezcla genérica. Si acudimos a alguna definición básica de reportaje encontramos una advertencia sobre esta incursión de otros géneros. Así, según Leñero y Marín describen en su *Manual de periodismo*: «Es el más vasto de los géneros periodísticos. En él caben los demás. Es un género complejo que suele tener semejanzas no sólo con la *Noticia*, la *Entrevista* o la *Crónica*, sino hasta con el ensayo, la novela corta y el cuento» (Leñero y Marín 1986, 43) y añaden, subrayando el paralelismo con la novela: «En el *Reportaje*, el periodista hace intervenir su propia sensibilidad literaria para *dar vida* a lo que cuenta. Respetando la realidad, la personalidad del periodista se vuelca en el *Reportaje* de la misma forma en que un escritor se vuelca en la novela» (Leñero y Marín, 1986 44). Existe, como vemos, una reconocida presencia de lo literario y lo novelesco en el reportaje que, sin embargo, en *Los vencedores* irá más allá. El texto parte de una primera investigación en el terreno que pasa por entrevistar a los protagonistas, «una investigación analítica, progresiva, mediante la cual trata de evidenciar objetivamente el abuso de poder que venían sufriendo los mineros desde el año anterior» (Alonso, 1985a 184). A partir de ese primer material publica los artículos, que suponen ya una primera reelaboración y, más adelante, lleva a cabo una segunda reelaboración, esta vez en clave literaria y novelística, que da lugar al libro que nos ocupa. A este respecto, Alonso explica que:

el trabajo fue fundamentalmente una reelaboración, concebida con criterios formales y disposición temporal propios que confieren al texto unidad estética y coherencia narrativa independientes de su origen periodístico. Por consiguiente *Los vencedores* no es un libro-reportaje por simple acumulación de textos precedentes, sino que responde a un proyecto literario más ambicioso (Alonso 1985b, 207).

Sin embargo, la crítica de la época se mostró reticente a considerar *Los vencedores* como novela, a pesar de ser la novela un género literario profundamente flexible⁴. Los reparos que muestran algunas reseñas de la época son justificados por el carácter político o la base periodística del texto. Así, Juan Mas y Pi en su reseña publicada en la revista Argentina *Letras Españolas* en 1911, afirma contundente:

No basta, en verdad, reunir trescientas páginas para que pueda ese volumen merecer el nombre de novela, porque en ese caso, y, aun tal vez con mayor exactitud, así pudiera ser calificada una compilación de artículos periodísticos en los que debatiéndose cualquier asunto político se diera espacio a la nota descriptiva... [...] Entre las obras que no aceptamos bajo tal denominación podemos agregar ésta de Ciges Aparicio, *Los Vencedores*, simple relato periodístico, serie de entrevistas, comentarios y disquisiciones, tendientes a hacer aparecer ante un pensamiento la visión de aquel pueblecillo asturiano que, como la aldea perdida de Pablo Valdés, se ha convertido en un infierno bajo el influjo del progreso (Alonso 1985a, 187-188).

Una reseña anterior a esta, la de Ramón María Tenreiro publicada en *La Lectura*, en junio 1908, resulta más amable con el texto, pero le niega no ya su carácter de novela, sino de literatura, aunque sea por exceso:

Su bravío temperamento de luchador, forjado en una fosca vida, el anhelo encendido de justicia, dan a sus libros un fondo social o político que trasciende de lo puramente literario. Yo suelo mirar con poca simpatía las obras de arte que pretenden demostrarnos alguna cosa. Una obra de arte ¿a qué más levantada misión puede aspirar que a la de comunicar un estremecimiento de belleza? Pero no es éste el caso de Ciges Aparicio. Jamás se propone hacer literatura: quiere desnudar vergüenzas y miserias de la vida contemporánea y pone su arte de escritor al servicio de aquella otra tarea noble. Nada más lícito. Y no se crea por esto que escribe mal el autor de este libro. Muy al contrario. Muchos preciosistas envidiarían su prosa ágil, sobria, nerviosa, sin excesiva riqueza de léxico, pero con admirable precisión de vocablo. Produce siempre el efecto que quiere. ¿Qué más puede pedirle a su pluma? (Alonso 1985a, 189).

Son comprensibles, no obstante, las reservas a aceptar un texto de estas características como novela en el contexto dado, ya que estamos en un momento en el que la novela social, y más aún la política, aún no han conquistado un lugar propio en la literatura española, y es papel de este texto, así como de

⁴ De esta flexibilidad da cuenta Villanueva cuando advierte: «La novela es el reino de la libertad, libertad de contenido y libertad de forma, y por naturaleza resulta ser proteica y abierta. La única regla que cumple universalmente es la de transgredirlas todas, y este aserto debe figurar en el preámbulo de toda exposición sobre el comentario o lectura crítica de la novela» (Villanueva 1989, 9-10). Más adelante hará una definición de la novela tan amplia como la siguiente: «un relato extenso en prosa que narra lo que pasa a unos personajes en ciertos momentos y en determinados lugares» (Villanueva 1989, 41-42).

otros de la época, romper la oposición que esta narrativa encuentra en el campo literario, reafirmando la función social del arte y de la literatura. Además, el género de novela reportaje aún no se había desarrollado, siendo este texto una obra doblemente pionera⁵: «Entre el periodismo y la novela, Ciges inauguró una nueva forma de denuncia social que, posteriormente, acabaría dando lugar al género conocido como novela social» (Palomino 2013, 19-20).

Sin embargo, tenemos que añadir que la novela reportaje que nos ocupa surge en un contexto de ebullición de la producción periodística, que en muchas ocasiones se acercaba a lo literario, por ejemplo a través de la edición de revistas periodístico-literarias como *El Cuento Semanal*. Esta publicación surge en 1907 y, como explica Martínez Arnaldos: «pese a su decidida apuesta por la edición de un género literario concreto, todavía subsiste cierta ambigüedad respecto a la interrelación periodismo y literatura. Tanto en su propia denominación, como en otros rasgos formales» (Martínez Arnaldos 2007, 16). Pujante Segura también señala la enorme influencia de estas colecciones sobre la producción narrativa cuando afirma, refiriéndose a la novela corta en el siglo XX: «La historia de este género narrativo en ese periodo tendría un antes y un después marcado por ese medio de publicación» (Pujante Segura 2017, 160). Así, los autores, que en muchas ocasiones vienen del mundo del periodismo, incorporan a su producción narrativa elementos del género periodístico:

Y en analogía con esa función y contenido de las revistas literarias, al igual que con la vinculación periodismo y literatura, es de observar que el propio género novelístico se ve sometido a los dictados del periodismo; y ello es asumido por las revistas para satisfacer a los lectores. Pues no conviene olvidar que los autores de novela corta han nacido al calor del periodismo, y en su gran mayoría lo han ejercido o ejercen en las diferentes modalidades o géneros [...]. Lo que habrá de influir en la técnica y estructura novelística, así como en la predisposición a novelar aquellos temas de actualidad que gozan del fervor popular (Martínez Arnaldos 2007, 19).

Desde la óptica actual no resulta tan necesario justificar su pertenencia al género narrativo, después de la institución de las novelas reportaje como género propio, muy cultivado y de éxito en las décadas siguientes, especialmente en la literatura de avanzada de la década de los treinta, durante la Segunda República⁶. Además, la presencia de las descripciones que presentan cierto

⁵ Podemos añadir a estos dos aspectos el de ser una importante aportación en la novela española de temática minera que, sin embargo, no inaugura, por haber algunos precedentes como señala Delmiro Coto en su estudio *La voz en el pozo. El trabajo en las minas y su presencia en la literatura* (1993).

⁶ Víctor Fuentes identifica una proliferación de este género en lo que ha denominado una tercera fase de la novela social entre 1933 y 1935: «La modalidad de la narrativa social que se impone, y con bastante difusión, en esta tercera fase es la de la narrativa documental, de reportaje y/o testimonio: elogio de la resistencia de las masas populares y denuncia de la contrarrevolución y represión del bienio negro» (Fuentes 1993, 21). Previo al bienio negro

simbolismo modernista, el esfuerzo formal, la presencia de capítulos retrospectivos, el hilo conductor entre los distintos capítulos, así como la inclusión de pasajes y personajes ficcionales justifican su comprensión como novela, por no mencionar que la edición de 1908 incluye el subtítulo «Novela», que aclara la apuesta autorial o editorial y, en todo caso, condiciona la recepción.

Resulta innegable, sin embargo, que el empleo de esta forma innovadora y distinta a la habitual establece una relación particular con la realidad y conlleva ciertos efectos, a los que merece la pena atender para entender el dispositivo narrativo y su función.

UN ANÁLISIS DE *LOS VENCEDORES* A PARTIR DE LOS LÍMITES DE LA NOVELA REPORTAJE SEGÚN LUKÁCS

Lukács, en el artículo mencionado sobre la novela reportaje, analiza este tipo de texto a partir de una obra alemana de los años treinta y sostiene que este género tiene el peligro de presentar lo que considera un defecto o límite, como sería el fetichismo sobre lo narrado. A pesar de ser un texto posterior, nos ofrece algunas claves generales que podemos aplicar en el caso que nos ocupa, un precedente de la novela reportaje que se desarrollará años después. Según su propuesta, que exponemos muy brevemente, si el reportaje supone una representación viva de un fragmento de la realidad, en el que no hay una visión del proceso general ni de las relaciones que lo constituyen, por el contrario en la novela hay una tendencia hacia la totalidad: «la novela busca descubrir y edificar la totalidad secreta de la vida» (Lukács 1966a, 59) diría en *Teoría de la novela*. La novela, por tanto, supone la configuración de un contexto y un proceso⁷ generales, deshaciendo así el fetichismo de las formas económicas y sociales del capitalismo, que aparecen como relaciones entre los hombres:

La estructuración del proceso general es la premisa para una composición correcta de la novela. ¿Por qué? Porque sólo la estructuración del proceso general deshace el fetichismo de las formas económicas y sociales de la sociedad capitalista, haciéndolas aparecer como lo que realmente son: relaciones (clasistas) entre los hombres (Lukács 1973, 127).

Si un reportaje que recoge un momento del proceso toma la forma de la novela al constituirse en novela reportaje, el momento del proceso se conver-

es el texto de Ramón J. Sender *Viaje a la aldea del crimen. Documental de casas viejas* (1933) que, sin duda, supone un hito en el desarrollo de la novela reportaje.

⁷ Respecto a la idea de proceso Lukács afirmará: «En tanto que la característica esencial de otros géneros literarios es descansar en una forma acabada, la novela aparece como algo que deviene, como un proceso» (Lukács 1966a, 69). Para comprender en profundidad la teoría de la novela del autor remitimos a su obra publicada con el mismo nombre, si bien recuperando la crítica a su esquematismo en algunos aspectos que el propio Lukács hará posteriormente.

tiría en un producto completado que ya no está vivo ni es resultado de las relaciones humanas, sino que aparece como rígido, mecánico e invencible, ajeno a la dialéctica de la historia: «En la acción se convierte en una estructura «materializada», ya no apariencia dialéctica de estructura, en la acción se independiza, ya no sólo desempeña en el proceso dialéctico el papel necesario y necesariamente superado de un instante «independizado» (Lukács, 1973a 128-129).

Se pueden encontrar en *Los vencedores* algunos rasgos de esta apariencia rígida e inamovible de lo narrado, ya que recoge un momento concreto de la realidad social de una aldea tras la derrota de la huelga. Sin embargo, en relación con la advertencia desarrollada por Lukács, la obra de Ciges muestra claras tendencias contrarias frente a esta fetichización de lo narrado que podría conllevar el totalizar un momento del proceso.

LA DERROTA YA NO ES PERMANENTE

Una de las formas en las que se expresaría esa fetichización, según Lukács, sería la construcción en el texto del aparato de opresión como invencible:

En primer lugar, el desenmascaramiento del aparato de opresión de la burguesía, realizado con buena intención revolucionaria, adquiere un aspecto políticamente equívoco. Aparece como todopoderoso e invencible. Falta la lucha, la resistencia de la clase obrera. Se presenta al proletariado como objeto impotente de la justicia. En la mayoría de los casos ya no aparecen ante nosotros los verdaderos representantes de la clase, sino unos tipos ya agotados, reducidos por la vida, incapaces de oponer resistencia, rebajados a la situación del proletariado de la chusma (Lukács 1973a, 129).

Esta primera afirmación nos permite pensar varios aspectos de la novela de Ciges. Por una parte, como hemos señalado, el autor sitúa el relato en la aldea después de la derrota de la huelga. La motivación de la huelga es explicada rápidamente: «La empresa les había rebajado el diez por ciento en los jornales con la promesa de restablecerlos en su integridad cuando los carbones subiesen... Los carbones subieron, y la promesa quedó incumplida» (Ciges 1908, 14)⁸ y el transcurso de la misma ocupa apenas unas líneas:

Estalló la huelga; sostuviéronla dos meses y medio, hasta que el hambre agotó su resistencia, y á este primer fracaso la asociación quedó disuelta, deshecha y aplastada. La ignorancia y el terror de los obreros al verse vencidos ha hecho más fácil la brutal persecución de los patronos (Ciges 1908, 12).

⁸ Hemos decidido mantener el texto de la edición de 1908 en todas las citas de *Los vencedores*, por lo que la ortografía o acentuación puede diferir de las normas aceptadas en la actualidad.

A partir de ahí, las descripciones, diálogos e indagaciones se centran en las consecuencias de la derrota y los mecanismos de control y dominación de la alianza establecida entre los propietarios de la fábrica, las fuerzas policiales, judiciales, los cargos políticos y la Iglesia. El hecho de situar el foco en los momentos posteriores a la derrota y no prestar atención al proceso organizativo, puede ser comprendido como una forma de acentuar la impotencia del proletariado ante un sistema de explotación y dominación invencible. Así mismo, el texto insiste en la falta de perspectivas para estos trabajadores. Ya desde el comienzo un diálogo entre la voz autorial y su acompañante nos advierte:

–Es posible que una reacción de los obreros termine con la crisis.
–¡Reacción! –murmura distraído–. ¡Es difícil!.. ¡Tardará mucho!.. (Ciges 1908, 11).

Ya cerca del final de la novela, en el capítulo XXV, un diálogo entre la voz del autor y uno de los trabajadores de la aldea expresa de nuevo esa falta de alternativa, pormenorizando las distintas formas de bloqueo que sufren:

–¿Considera usted justo lo que se hace con nosotros?
–No.
–¿Cómo remediarlo?..
–Cualquier orador de mitin se lo diría... Yo ignoro el remedio.
–¡Pues á nosotros nos ocurre lo mismo!
–¡Nos encontramos en un callejón sin salida!
–Si acudimos á la justicia, perdemos el tiempo; si gritamos, nos apuntan con los fusiles; si buscamos defensor, como el Diputado republicano que usted me recomendaba, nos traiciona... Si nos armamos de paciencia y queremos proceder lentamente, saltan sobre nosotros y nos impiden caminar... ¿Fundamos sociedades? Los espías se ponen á la puerta, y nos dicen que para reunirnos, encontraremos en la iglesia numerosa y escogida reunión. ¿Queremos instruirnos? El Universo comenta los sucesos del día y La Lectura Dominical nos muestra ejemplos de lo que deben ser las relaciones entre patronos y obreros. El resto de la prensa se prohíbe, ó sólo á hurtadillas se puede leer. ¿Queremos educar á los hijos? Pues frailes y monjas, que son nuestros enemigos, han de educarlos á la fuerza ó han de quedar en la ignorancia si nos falta abundante dinero, porque el antiguo Colegio también lo han aniquilado (Ciges 1908, 186-187).

Por una parte, este pesimismo no es una excepción en lo que se ha dado en llamar «Generación del 98»⁹, dentro de la cual se suele categorizar a Ciges Apa-

⁹ Los términos que buscan homogeneizar a diversos escritores bajo una misma generación siempre son problemáticos, sin embargo se pueden encontrar algunas similitudes generales importantes en lo que se ha denominado Generación del 98, cuyos miembros, siempre con excepciones, pusieron en el centro la lucha de clases durante sus escritos de juventud, para más adelante ir virando hacia un pesimismo que derivaba en distintas posiciones. Los autores de la *Historia social de la literatura española* hablan de «un individualismo pequeño-burgués tras el cual se esconde la inseguridad de una burguesía que parece haber llegado

ricio. Se trata de un pesimismo de una pequeña burguesía que hereda el caciquismo capitalista o feudalismo industrial y a su vez se ve acosada por la clase obrera, junto a la que se sitúa en no pocas ocasiones, como es el caso del autor en la etapa que nos ocupa, pero que no deja de mostrar inseguridad y pesimismo en relación al pueblo español¹⁰ y no termina de plantear una salida. Este pesimismo es explicitado en una pregunta directa a la voz del autor en el primer capítulo:

- ¿Piensa en anarquista? –me pregunta.
- Pensaría, si no considerase a la naturaleza humana peor que al poder.
- ¿Luego es pesimista?
- Veintitrés horas del día... Continúe (Ciges 1908, 11).

Sin embargo y una vez reconocido ese halo pesimista, son muchos los elementos que evitan que el texto cristalice esta derrota como permanente e inevitable. En primer lugar, el propio hecho de situar el momento recogido dentro de un proceso que pasó por una huelga ya dota de movimiento a la realidad representada-construida. La lucha, la resistencia de la clase obrera a la que hacía referencia Lukács queda, por tanto, mencionada. Por otra parte, el fracaso es brevemente explicado –se alude al momento inoportuno de la convocatoria (Ciges 1908, 19)– y, por tanto, no aparece como inevitable. Pero además, a pesar de la insistencia en la aparente falta de alternativas, sí se dibujan una serie de opciones entre las que se encuentra la vuelta a una huelga. Las distintas perspectivas, algunas de ellas comprendidas como posibles, otras como bloqueadas por la clase dominante, se van desplegando en el texto a través de diálogos en los que participan distintos personajes, muchos de ellos desarrollados a partir de vecinos de la aldea entrevistados por Ciges en su viaje. Podemos hablar, por tanto, de polifonía, comprendida según la definición de Bajtín en su análisis de Dostoievski como:

La pluralidad de voces y conciencias independientes e inconfundibles, la auténtica polifonía de voces autónomas, viene a ser, en efecto, la característica principal de las novelas de Dostoievski. En sus obras no se desenvuelve la pluralidad de caracteres y de destinos dentro de un único mundo objetivo a la luz de la unitaria conciencia del autor, sino que se combina precisamente la pluralidad de las conciencias

al poder político sin cambiar las estructuras reaccionarias del país y acosada por la clase obrera en ascenso», un tema que «llegó a caracterizar el pensamiento central de la generación del 98» (Blanco Aguinaga, Rodríguez Puértolas y Zavala 2000, 161). Tuñón de Lara habla de su «espíritu crítico opuesto a cualquier dogmatismo» (Tuñón de Lara 2017, 128).

¹⁰ Este pesimismo ante un pueblo que es considerado como incapaz de operar ningún cambio es expresada con dureza en un diálogo de la novela en el que uno de los interlocutores dictamina: «En que unos son tontos, otros hipócritas, algunos siguen su interés para estar á bien con la Fábrica, y los demás tienen miedo y van adonde les ordenan... ¡Créame, ni para embaucadores servirían en otra parte y entre personas discretas!... ¡Son tontos de remate!...» (Ciges 1908, 168).

autónomas con sus mundos correspondientes, formando la unidad de un determinado acontecimiento y conservando su carácter inconfundible (Bajtin 2005, 15).

Esta interacción de múltiples voces, con distintos puntos de vista y registros, es la que va a ir desplegando las distintas opciones para enfrentar la situación de explotación y opresión que sufren los trabajadores y sus familias, dando lugar a una gran presencia del diálogo en el texto. Los personajes que vehiculan estas voces, sin embargo, no están desarrollados con profundidad, como es habitual en la literatura de tema minero, que suele emplear personajes tipo¹¹:

Es normal ver a cada personaje caracterizado nada más que lo imprescindible para actuar representando al colectivo de mineros. Se trata, evidentemente, de una opción técnica para servir con mayor eficacia a la concepción narrativa que late en el fondo de cada autor cuando compone (Delmiro Coto 1993, 12).

Por hacer un pequeño recorrido por estas distintas perspectivas, la formación se plantea como una oportunidad para los trabajadores, precisamente por eso bloqueada por las autoridades. En ese sentido son nombradas las conferencias y los cursos organizados desde la Universidad de Oviedo¹² que se daban en el Centro Obrero, ahora desaparecidos «por temor de encontrar el local vacío, ó por saber que los asistentes perderían á la otra mañana su trabajo» (Ciges 1908, 46). Similar destino tuvieron la escuela, los periódicos y los libros que se leían asiduamente en la aldea:

Se arroja de la Fábrica y de las minas al que recibe periódicos liberales; se les ha expulsado sólo por llevarles envuelta la comida en números antiguos; ya no se lee la tercera parte; ya no se escuchan con admiración Y en silencio doctas conferencias; el obrero que, hurtando tiempo á la distracción ó al sueño, daba las nocturnas clases gratuitas, tuvo que huir, y ningún trabajador se atrevería á enviar hoy sus hijos para que en esos bancos aprendiese á leer... (Ciges 1908, 47).

En cuanto a las corrientes políticas, encontramos numerosas discusiones entre socialistas y republicanos, los primeros acusados de demasiado afectos a la legalidad por los anarquistas o de no haber buscado la unidad electoral con los republicanos, estos de alejados de las necesidades reales del proletariado, denominados en diferentes ocasiones «farsantes» (Ciges 1908, 184 y 189), pero aún mejores que «los otros», porque «entre ellos están los ricos, las «personas decentes» y bien trajeadas, los señores dignos y del orden, que

¹¹ Nos referimos aquí a la definición de Lukács: «personajes que en su psicología y en su destino se mantienen siempre como representantes de corrientes sociales y poderes históricos» (Lukács 1966b, 33).

¹² Es conocido el esfuerzo de una serie de intelectuales reformistas que, desde la Universidad de Oviedo, organizaban actividades pedagógicas dirigidas a trabajadores y sectores populares entre 1900 y 1909.

no escandalizan ni se alborotan; pero que ocultan sus propiedades y roban a los pueblos» (Ciges 1908, 189-190).

Por otra parte, las reformas dentro de los marcos establecidos por el capitalismo tampoco son presentadas como una alternativa. Un ejemplo se encuentra en la anécdota relatada sobre el Instituto de Reformas Sociales, una institución creada en 1903 con el objetivo declarado de estudiar y mejorar las condiciones de los trabajadores. Cuando los mineros acuden a esta institución para denunciar su situación de persecución, se encuentran en primer lugar con que el Gobernador había enviado un expediente amañado (Ciges 1908, 42). Cuando la información veraz llega al instituto, reciben la respuesta oficial: «declaró que no podía proceder contra los dueños de la Fábrica» (Ciges 1908, 42). Extrañado por esta injusticia, uno de los trabajadores interroga a un miembro del Instituto: «Asombrado el Vocal obrero, le dijo que si un Ministro de Gracia y Justicia podía autorizar á una Empresa para que violase impunemente las leyes, y con otro encogimiento de hombros repuso que, si como Ministro no podía autorizarla, personalmente le parecía bien» (Ciges 1908, 42-43). Las instituciones quedan retratadas, por tanto, como complacientes con las leyes de la explotación, incluso en aquellas pocas ocasiones en las que difieren de las leyes del Estado: «Pedir aquí que se cumplan leyes y reglamentos es pedir lo absurdo y perder el tiempo. Mientras aquí reine el feroz capitalismo, el río no se verá limpio, ni á sus aguas volverá la rica y numerosa pesca que emigró en busca de puras corrientes» (Ciges 1908, 216).

La oposición entre el capitalismo y la naturaleza que se señala en este extracto es desarrollada en más ocasiones en la novela, ligada a una perspectiva que parece querer recuperar un pasado preindustrial de armonía con la naturaleza. La vida industrial es descrita como «engendradora de odios» (Ciges 1908, 37) y el regreso a la vida sencilla como una posible vía de escape, como defiende un «gran corredor del mundo, y harto desencantado de la vida» (Ciges 1908, 211), a menudo borracho:

–Lo siento. Yo creo que para gozar profundamente hay que volver á la vida sencilla, desconocida en las ciudades y en estos grandes centros, donde creyendo alabar á Dios, el corazón más puro sólo rinde culto á Mammón. La vida no es tan compleja como se dice; somos nosotros los que nos obstinamos en complicarla. ¿No le parece? (Ciges 1908, 219-220).

Una posición que aparece en debate con la de un joven que da cuenta del progreso:

–Pues, con todos sus inconvenientes, yo prefiero esta vida á la campesina de hace cincuenta años.

–Pues yo prefiero la campesina y sencilla de hace medio siglo á esta vida industrial y compleja; y si Palacio Valdés hubiese conocido este pueblo y observase ahora el infierno que de él ha hecho la sed del oro, con más razón echaría de menos *La aldea perdida* (Ciges 1908, 230).

Este diálogo es el que cierra la novela, trayendo la referencia intertextual a la obra de Armando Palacio Valdés de 1903 cuyo título completo es *La aldea perdida: novela-poema de costumbres campesinas* y que describe los grandes daños que trajo el progreso industrial, con un retrato de los mineros oscuro y violento muy alejado del mucho más amable realizado en *Los Vencedores* y aún con más detalle en *Los vencidos*. La descripción de una escena final de la obra de Palacio Valdés puede dar una idea del retrato de la violencia en el pueblo minero que realiza la novela:

Y en efecto, apenas llegados los novios y sus acompañantes al campo de la iglesia estalló la lucha terrible, sangrienta, como jamás se viera ni pensara verse en aquel pacífico valle. La muchedumbre se arremolinaba, las mujeres exhalaban lamentos desgarradores, se oían tiros, imprecaciones, blasfemias horribles. El alcalde comprendió que era inútil intervenir sin disponer de fuerza para ello y mandó retirarse. Iban á hacerlo todos hacia el pueblo cuando Jacinto vió que uno de sus parientes caía herido y se lanzó en su auxilio. Mas antes que llegase al sitio un minero de baja estatura, de mísero aspecto, aquel Joyana amigo y compañero de Plutón se le plantó delante y le descerrajó un tiro en el pecho dejándolo muerto. Nolo brincó como un león dejando abandonada a Demetria. En aquel momento una mano criminal, la mano de Plutón, avanzó por encima del hombro de aquélla y le dió una terrible cuchillada en la garganta (Palacio 1903, 234).

No obstante, además de estas distintas vías, posibles o no, útiles o inanes, el texto sugiere otro camino, sostenido sobre la organización del proletariado y la solidaridad obrera que ya se expresó durante la huelga y de la que aún resiste un fino hilo que puede asegurar la continuidad:

—¡Dos compañeros!... Estos, y hasta una docena más, son los únicos que, pareciendo obedientes á la Empresa, nos siguen fieles, y aprovechan todas las ocasiones que la arbitrariedad de los amos, jefes ó capataces les ofrece para atizar los rescoldos que andando el tiempo puedan encender la protesta en las minas (Ciges 1908, 51).

Por otra parte, la propia falta de alternativas a la que el pueblo minero se ve dirigido por el sistema de dominación sugiere un posible estallido violento, expresado con meridiana claridad en un diálogo que transcurre en el Casino:

—Pues aún no puede usted inquirir, por mucho que atisbe, la cantidad de odio que se acumula en el pecho de esta gente dulce y tranquila... Tan fuerte resulta ya la compresión y tan violenta la tiranía ejercida á todas horas, en todas partes y por tan variadísimos procedimientos inquisitoriales, que deseando estamos todos en el fondo del corazón que alguien sea el primero en estallar... ¡y quién sabe lo que puede ocurrir cuando el rencor se desborde y en una hora se liquiden todas las cuentas atrasadas de este siniestro año, que hasta la fisonomía del pueblo ha cambiado!... (Ciges 1908, 67).

En varias ocasiones se habla de dinamita para expresar de forma metafórica y literal el desenlace al que la opresión desmedida puede conducir, término sobre el que reflexiona la propia instancia autorial:

—¡Que los patronos no se quejen cuando la dinamita les haga volar!
La hipocresía del lector suele exigir que no se reproduzcan esas frases, y la hipocresía del escritor suele callarlas ó sustituirlas por otras. Esto hice yo al principio poniendo en boca del rudo obrero las palabras más leves que otros pronunciaron: «Los primeros sucesos que aquí ocurran serán sangrientos.» Y luego de meditar un instante para reproducir la palabra trágica, la violenta dinamita, he querido añadir algunas líneas que anunciase al lector mis sentimientos reprobatorios del medio que el obrero deseaba emplear para defenderse en la lucha... Mi falta de probidad alegando ante el lector fingidas justificaciones sería lo de menos; lo de más, que no se me ocurre ninguna fórmula de reprobación (Ciges 1908, 40-41).

De esta forma el autor entra en escena y toma su voz para hablar directamente al lector y expresar su acuerdo mediante una fórmula indirecta «no se me ocurre ninguna fórmula de reprobación». Un posible estallido violento por parte de los trabajadores constituye una referencia abstracta a una posible revolución futura que hará saltar por los aires el sistema de dominación retratado. La presencia de la salida violenta no es una excepción en la literatura minera que, como explica Delmiro Coto:

denuncia al capitalismo en su fase más salvaje y depredadora. Da cuenta, de modo testimonial, de las lacras de un sistema de producción que se niega a emprender cualquier fórmula negociadora en la que participen los asalariados. Llegados a un momento histórico determinado, los trabajadores creerán que sus males no tienen remedio en el seno de una organización social que les niega el pan y la sal. De ahí que el estallido social sea un motivo temático recurrente en todas las obras literarias del género minero, en cierto modo justificado como respuesta ante la explotación económica y la incompreensión de sus condiciones deplorables de vida (Delmiro Coto 1999, 56).

En *Los vencedores*, si bien de una forma un tanto vaga, este posible estallido, la cuestión de la lucha de clases y la resistencia o incluso avance de la clase trabajadora queda planteado en el texto, que no se limita a constatar la derrota ni presentarla como inevitable y permanente, sino que queda enmarcada dentro de un proceso mayor de lucha de clases, cuestión que Lukács alaba en otro de sus artículos de principios de los años treinta del siglo XX cuando afirma, sobre las novelas de Willy Bredel:

Demuestra una mano afortunada, un instinto político seguro y una luchadora prontitud en la agrupación de su objeto, en la estructura de sus novelas. Ya en su primera novela, la descripción de la fábrica se desarrolla diestramente alrededor de la preparación, el estallido y el fracaso de una huelga. Con ello [...] se insinúa que toda la acción constituye solo un momento en la gran guerra entre las clases (Lukács 1973b, 297).

LOS MECANISMOS DE DOMINACIÓN DESVELADOS

Otra de las funciones centrales del texto es el desvelamiento de los mecanismos de dominación, lo cual también contribuye a evitar esa fetichización de la que advertía Lukács. Se trata del «desenmascaramiento del aparato de opresión de la burguesía» que, si bien aparece como vencedor en esta batalla, se enmarca dentro de una guerra más larga que aún ha de continuar, como hemos visto. Las formas de dominación, que se muestran y desnaturalizan en el texto, constituyen un amplio abanico, que parte de un sistema de oposiciones que ya aparece en el título de las dos novelas que constituyen *Las luchas de nuestros días*, vencedores y vencidos. Este sistema de oposiciones se multiplica en el texto, contrastando campo y ciudad, naturaleza y desarrollo industrial, pasado y presente y, centralmente, la familia de propietarios y los trabajadores, que es la oposición de clase entre explotadores y explotados. Esta última oposición recorre la novela, pero se aprecia especialmente en un pasaje en el que describe la situación de los trabajadores: «Millones de seres luchan rudamente por conquistar un mendrugo desde que el alba se anuncia hasta que la noche viene, y aun durante la noche sus ojos se desvelan y su corazón se acongoja al saber la incertidumbre de la siguiente mañana» (Ciges 1908, 100), para a continuación referirse al dueño de la fábrica que está dilapidando la fortuna familiar en sus últimos años de vida y llevando la empresa a la ruina:

Rodeado de honores, respetado y favorecido por las leyes, vive este otro hombre, en que no reluce la inteligencia ni apasiona su alma el calor de la virtud. Una colosal estafa fué el origen de la fortuna que otros le transmitieron. Jamás una noble actividad ilustró sus actos. Su ideal ha sido siempre los goces sensuales, y á lo largo de su vida nunca ha sentido las zozobras del porvenir incierto (Ciges 1908, 100).

Además de este sistema de oposiciones, como decíamos, aparecen los distintos mecanismos de dominación que mantienen esta estructura, por ejemplo, el intento de cooptación hacia los dirigentes del sindicato:

Los directores de la fábrica y las minas, que trataban a los empleados y al pueblo altaneramente, recibían fingiendo cordialidad a las Comisiones obreras, halagábanlas, invitábanlas a sentarse, las obsequiaban con habanos y licores... ¿Qué pedían aquellos enviados? ... En ocasiones, la expulsión de algún trabajador que se negaba a asociarse... (Ciges 1908, 12).

Ya hemos mencionado el ataque a los intentos de llevar la formación y la cultura a los trabajadores, ofensiva en la que la Iglesia juega también un papel, encargada de que se proscriba toda prensa no católica (Ciges 1908, 147) o cualquier alternativa para educar a los hijos (Ciges 1908, 187). La religión aparece como uno de los caballos de troya de la clase dominante, capaz de llegar donde otros métodos no consiguen entrar: «Los dueños han vencido en

la calle: ahora han de impedir que en la casa se intrigue, y como ellos no pueden pasar de los umbrales, buscan á quien pueda entrar, á esa Religión agonizante, cada día más separada de los desvalidos, cada día más amiga de los poderosos» (Ciges 1908, 144). Esta entrada en los hogares aparece además ligada a la influencia que la Iglesia ejercía sobre las mujeres (Ciges 1908, 147). La profunda crítica a la Iglesia que vemos a través de las observaciones de los trabajadores en diferentes diálogos, se desarrolla también en el relato-denuncia de distintas anécdotas concretas, como la anciana que se ve obligada abandonar la suscripción a un periódico no católico, *El Liberal* (Ciges 1908, 148), el despido de un «empleado modelo» por no querer ir a misa ni hacerse del *Círculo Católico* (Ciges 1908, 154-158), el montaje de un «milagro» para engañar a los feligreses (Ciges 1908, 171), o los frailes que se asientan en la zona: «El dinero escaseara para los mineros, y los talleres seguirán con las maquinas que montaron hace cuarenta años, pero no faltara para ayudar a esos señores. Pobres llegaron, hambrientos y escuálidos, y los tiene ricos, redondos e insolentes» (Ciges 1908, 161).

Son muchas las referencias al nefasto papel de la Iglesia en la zona con un tono fácilmente catalogable como anticlerical, un sentimiento extendido en la España de la época como se mostraría con claridad en el estallido de un año después, la semana trágica de Barcelona en 1909, desencadenado por el rechazo a un embarque de tropas para Marruecos pero que incluyó el ataque a edificios religiosos. Una de las quejas que encontramos en el texto parece anunciar ese estallido:

Valle de lágrimas, dice la religión!.. Eso hace ella de este valle, poblado antes de alegría. Pero estos sufrimientos que ahora impone no son de los que pueden prepararnos para mejor vida. Estos nos ennegrecen el alma, nos la pudren y, a la larga, acaban por acumular desesperación y hacen desear venganzas y horrores... (Ciges 1908, 150-151).

Sin embargo, el mecanismo de dominación central o totalizador que recorre toda la novela es el propio caciquismo que une a la familia propietaria con los cargos políticos, administrativos y la Guardia Civil, que asegura la persecución, espionaje y represión para proteger los intereses económicos de la empresa minera. El plan de dicha empresa se resume claramente en voz de un viejo trabajador del pueblo que habla así del feudalismo industrial que les somete, recogiendo varios de los elementos que hemos mencionado:

—Por su parte, no cederá hasta conseguirlo. Cada día pone más empeño en eliminar á los refractarios, sin reparar en los servicios que les hayan prestado ó en su aptitud para prestárselos... Persecución de Sociedades, muerte del espíritu liberal, alejamiento de unos, aislamiento ó sumisión de otros, fundación de Centros católico-obreros, todo responde al plan preconcebido de que aquí no haya más inteligencia ni voluntad que la de la Empresa explotadora secundada por sus inmediatos auxiliares (Ciges 1908, 204).

Los lazos entre las distintas autoridades son explicados a través de distintas anécdotas y comentarios. Podemos mencionar un juez nombrado y sostenido por la fábrica que, por tanto, falla siempre a su favor (Ciges 1908, 30). Pero no se queda ahí la denuncia, se señala una debilidad de la justicia como institución, incapaz de mantener independencia frente al poder de los capitalistas:

La Fábrica era poderosa; los tribunales españoles son harto pobres para poder resistir la fuerza de su dinero. –¡bien claro se había visto en otros pleitos!–; políticos influyentísimos, ministros consejeros de ella, oligarcas encanallados y árbitros de provincias enteras, le servían de valedores, como le habían servido antes, y siguen sirviéndola mediante los vínculos de la complicidad ó de la sangre... (Ciges 1908, 30-31).

Se menciona con claridad cómo hasta el Ayuntamiento está ahora bajo las órdenes de la fábrica: «Jamás la Fábrica se ocupó en la política local: hasta sobre ella ha caído ahora. El Ayuntamiento sólo hace su voluntad» (Ciges 1908, 58), y la red tejida entre la empresa y la Guardia Civil también se explicita cuando se relatan los pormenores del espionaje que sufren los trabajadores organizados:

Los espías lograron una lista de los socios suscritos en el Centro Obrero, y todos tuvieron que abandonarlo ó perder el sustento. La Fábrica trasladó los nombres á la Guardia civil para que conociese á los enemigos de la sociedad y del orden público en que nuestra dichosa sociedad se sustenta, y para que el orden público no se alterase ni la sociedad temblase en sus fundamentos, allá fueron Guardia civil y serenos á vigilar con los espías de la Fábrica el puentecillo que precede al Centro... (Ciges 1908, 36).

La familia propietaria, en la novela sin identificar pero en los artículos publicados señalada como la familia Gilhou, recibe mucha atención en este texto, como no podía ser de otra manera dado su título, puesto que si hay unos vencedores en esta novela, son los propietarios. A través del retrato de esta familia se muestran los hilos tejidos en este feudalismo industrial que define el régimen de entonces, desvelando así los mecanismos de dominación a partir de un caso concreto. En primer lugar, el origen de la fortuna de familia se relaciona con una gran estafa y se sitúa en Francia (Ciges 1908, 80-81). Con ese dinero se compró la cuenca minera y se desarrolló un negocio que, si bien en su día conllevó un aumento del capital, ahora está en decadencia: un negocio que no se moderniza, que funciona con máquinas antiguas aún a riesgo de mayores accidentes e incluso menos ganancias, acompañado de un despilfarro por parte del dueño, que vive en París, gastando los beneficios en apuestas, alcohol y en mantener a distintas mujeres:

–El señor podrido de vicios; el de las horizontales y las apuestas de caballos, que devoran innumerables millones.

–¿Sin exageración?

–Ninguna. Los millones que de aquí salen se disipan en el extranjero como si fuesen humo (Ciges 1908, 20).

El retrato de la familia propietaria relaciona la decadencia del negocio con la de la salud y la moral: «Los rendimientos allá van, camino de París, de Biarritz, de la Costa Azul... dondequiera que el señor enfermo expone sus vicios» (Ciges 1908, 21). Por otra parte, la mujer del propietario, que es quien ahora controla el negocio ante la ausencia del marido, es descrita como una mujer manipuladora, cercana al tipo de *femme fatale* o vampiresa tan repetido en los productos culturales:

Una hermosísima *écuyère* francesa, que arruinó á varios jóvenes disolutos. El la conoció en París, y durante algunos años fué su querida –una de las muchas que compartían la asignación de sus padres y los empréstitos que contraía para pagar cuando heredase–. Pero la *écuyère* tuvo más habilidad que sus rivales, y supo esclavizar al ricachón (Ciges 1908, 110).

Se mencionan también amantes ocultas, hijos ilegítimos y arreglos matrimoniales con el fin de establecer alianzas estratégicas, como es el caso de las hijas de los actuales dueños, la menor casada con un conde arruinado de no mucho intelecto (Ciges 1908, 125) y la mayor casada con un marqués también arruinado metido a político, para menoscabo de la política parlamentaria, como muestra la ironía de esta explicación:

Como en nuestros tiempos de liberalismo y de sufragio universal se disciernen los cargos y representaciones populares á los mejores, á este joven marqués le han hecho Diputado á Cortes, pues nadie mejor que él para ser el hazmerreír de la aburrida Cámara y de nuestro triste país cuando se entera de sus estafalarios discursos, que la prensa de todos los bandos comenta con regocijado estilo, sin que el orador advierta la general rechifla (Ciges 1908, 121-122).

La ironía también acompaña a la conclusión tras la descripción de la familia: «Y esta es la ejemplar familia que domina en una extensa cuenca de treinta y dos mil habitantes, y a la que todas las potestades divinas y terrestres se someten» (Ciges 1908, 125). ¿Pero cómo consigue tamaño poder susodicha familia? A través de las relaciones que han ido tejiendo con ayuda de su dinero, especialmente aquella con el gran cacique que apoya a la familia¹³, antiguo ministro, pero «más influyente que cualquier Ministro, y no menos que el más conspicuo jefe de gobierno» (Ciges 1908, 127). Su poder alcanza a alcaldes, jueces, magistrados, Guardia Civil y toda institución incluida la propia corona:

Las dos terceras partes, cuando menos, de los profesores, siguen su mezquina inspiración intelectual, contraria a las innovaciones. Pueblos, regiones enteras, le están

¹³ Se refiere al cacique asturiano Alejandro Pidal y Mon.

sumisos. Por su consejo se designan o destituyen alcaldes, se nombran o trasladan jueces, magistrados, jefes de la fuerza pública. El partidario está exento de gabelas y responsabilidades; hasta el reconocido delincuente encuentra la libertad, en vez del presidio, a trueque del voto en tiempo de elecciones y del propio riesgo en trance de apuro. Para el adversario esta la persecución, el brutal atropello, la miseria negra, la necesidad de huir. Por eso son muchos los que le defienden y muy pocos los que se atreven a luchar contra la fuerza asociada de alcaldes, jueces, magistrados, guardia civil y ejército, que pueden acosarles, arruinarles, apalearles, fusilarles impunemente. Cuantos organismos crea y sostiene el Estado para que la vida social se realice tranquila y ordenadamente, se convierten bajo su impulso en otros tantos ministerios de injusticia y oprobio. Como el dinero atrae al dinero, el poder incorpora poder, y así ha llegado a ser casi incontrastable el de este odioso oligarca que hace Diputados de la nada e impone Consejeros a la Corona para que decreten y conserven su autoridad (Ciges 1908, 129-130).

La fábrica pone el dinero y la influencia, el cacique «presta su eficaz concurso para someter a los rebeldes» (Ciges 1908, 131) y la alianza se sella haciendo a este presidente de su Consejo de Administración y concertando un matrimonio entre los hijos.

Como hemos podido comprobar, lo pormenorizado de la descripción de los mecanismos de dominación y control ejercidos en el marco del régimen caciquil o feudalismo industrial de aquellos años desnaturaliza y llama la atención sobre un sistema que, si bien en el momento retratado puede aparecer como omnipotente, al ser explicado difícilmente puede ser leído como eterno e inmutable, aún más ligado a la discusión de posibles estallidos de violencia o nuevos procesos de huelga¹⁴.

LAS DURAS CONDICIONES DE LA CLASE OBRERA EN ESCENA

Otra de las advertencias que realiza Lukács en el texto mencionado atiende a la falta de identificación con la clase obrera (Lukács 1973a, 130) y la distancia que los autores de estas novelas reportaje pueden tener y mostrar con respecto a la realidad de la clase trabajadora, al no formar parte de ella:

¹⁴ En la otra novela de la serie, *Los vencidos*, es más clara la propuesta de realizar una huelga para enfrentarse a la situación insostenible de explotación y miseria. Coincide, sin embargo, la insistencia en la importancia de elegir el momento idóneo para llevarla a cabo: “— ¿Aconsejaría usted la huelga? — Si yo viviese aquí, así lo haría. Pero no lo aconsejaría a destiempo. Esperaría el instante de obligar al Estado a rendirse, quisiera o que no. Sería en el invierno: cuando los hornos asesinos están ardiendo y funden el mineral. ¡Entonces! Que llamasen entonces a otros obreros inexpertos, a ver si resistían los trabajos crueles en el cerco de la fundición y en el interior de las minas... — Pero sería criminal la sorpresa en ese momento. — Más criminal es el incesante sacrificio de vidas que aquí se hace” (Ciges 2003, 229).

Pero al no tener acceso a la vida no política y no pública del proletariado, al ver la lucha de clases del proletariado sólo en sus resultados públicos sin tener en cuenta simultáneamente y en efectos cambiantes la verdadera vida de los trabajadores, que constituye la base de tales luchas, se forma en ellos la idea de que únicamente este resultado de la vida y de la lucha de clases que se vislumbra en la superficie de la vida pública constituye el único tema interesante de la literatura. Este desprecio de la «vida privada», que constituye –aunque no conscientemente– un signo general de las novelas de reportaje, es tan fetichista como la narración exclusiva de sentimientos y destinos privados mediante el psicologismo (Lukács 1973a, 137).

Sin embargo, el caso que nos ocupa sí presta atención a la vida no política o no pública del proletariado cuando hace referencia a sus condiciones vitales, consecuencia de ese sistema de dominación diseccionado. Este ejercicio es mucho más detallado en la otra obra que constituye esta serie, *Los vencidos*, que describe extensamente las condiciones de trabajo de los mineros, relata los accidentes y las mutilaciones y graves enfermedades que sufren los trabajadores, y describe las viviendas y condiciones de higiene de los pueblos de la zona:

Terrible inundo, el Terrible que no conoce la higiene; los detritus de la noche van al amanecer a la calle, llenándola de infames olores; los campos están deprimidos y humeantes; el cementerio en ruinas y los rotos ataúdes muestran al que va por el próximo camino los cuerpos inanimados... [...] Mieres, semidesierto, con sus casas cerradas y sus viejos hórreos habitados por gente sucia y famélica; con sus calles que son lodazales formados por la lluvia y el polvillo del carbón. Riotinto, e trágico Riotinto de los hombres mutilados y de las acciones al 1900; Riotinto, a medias en ruina y a medias en peligro de hundirse, y arrastrar al orco, en complicidad de las autoridades, que lo saben y no lo evitan, seis mil u ocho mil almas... (Ciges 2003, 171).

En el texto que analizamos no ocupan el centro de la novela, pero también encontramos varias menciones a la vida de los trabajadores y las consecuencias de la persecución y explotación, las cuales mantienen cierta distancia propia del observador, pero con un detalle y conocimiento que parte de la investigación, la escucha y la convivencia. Se habla de la necesidad de migrar¹⁵ de muchos de ellos, ante la falta de cualquier opción de encontrar trabajo en la zona. A veces, incluso, la persecución llegaba a tal punto que tenían que migrar a Latinoamérica: «Por centenas huían a otras regiones, a América, pues hasta en las distantes regiones donde buscaban amparo les seguía la saña vindicativa de los vencedores...» (Ciges 1908, 30), donde la existencia de los emigrantes es descrita en su dureza: «Los barcos que habían de trasladarlos á las playas americanas para continuar su fatigosa lucha por una existencia árida, en que

¹⁵ La migración en aquellos años era muy elevada, tanto la interior como a Latinoamérica, donde emigraron más de un millón de trabajadores entre 1888 y 1913 (Tuñón de Lara 1981, 410).

las necesidades inferiores no satisfechas excluyen la dicha y hasta a comprensión de los altos ideales» (Ciges 1908, 35).

La pobreza también forma parte de la descripción de la vida de los mineros, no solo en la aldea donde se centra el relato, también en el coto minero del Marqués de Comillas que visita en una ocasión: «Casi todas las casas están cebadas, y algunos chiquillos, sucios y andrajosos, asoman sus caras tristonas por las negras puertas de los hórreos, en cuyo interior se revuelven espesos humos y se presienten los asiduos dramas de la miseria» (Ciges 1908, 195). No escatima en términos que describen la miseria, como «sucios y andrajosos» o «los asiduos dramas de la miseria», que relacionan esa pobreza y esa hambre con una profunda tristeza a la que seguirá haciendo referencia. Los espacios son también descritos, mostrando la miseria de las condiciones vitales de las familias trabajadoras:

Casas bajas; calles cortas, angostas, angustiosas. En los charcos que deposita la lluvia se disuelve la inmundicia, y al rostro llegan cálidos soplos mefíticos. En la primera casa que miramos se ven varios rostros de mineros, tiznados, deshechos los vestidos. Tres mujeres sucias y escuálidas remiendan á la puerta. Algunos chiquillos enredan al lado de sus madres, sentados en el suelo y con los pies descalzos, cubiertos del lodo negro que forma el polvillo del carbón (Ciges 1908, 224).

Es aún peor, sin embargo, la miseria de la aldea que sufrió las consecuencias de la derrota de la huelga:

—¿De veras?... Pues aún hay muchos que sienten envidia.

—No serán tantos.

—Casi todos los que, derrotados y expulsos tras la huelga, quedaron en la miseria y contemplaron con tristes ojos de hambrientos el desfile de la gigantesca procesión. Los que en ésta formaron serían esclavos, como usted dice; pero tenían el alivio de poder comer. Aquellos eran hombres libres; pero condenados á ayunar más días de los que la Iglesia ordena (Ciges 1908, 202).

Los obreros son además descartados cuando ya no sirven para generar beneficios, después de haber sido su fuerza de trabajo explotada, como denuncia una escena que vehicula un análisis casi marxista de la explotación capitalista: «Por la calle iba contando sus malaventuras un pobre anciano que durante 40 años había consumido el vigor de sus robustos músculos, única herencia que en el mundo tuvo, en el puntual servicio de la Empresa. Exhausto, inútil ya, le dejaron sin amparo al reanudarse las tareas» (Ciges 1908, 34). Es descrita, en fin, la alienación o enajenación¹⁶ en el sentido más amplio, la vida vacía de quien solo es empleado como mano de obra generadora de plusvalía

¹⁶ Marx habla en sus *Manuscritos: economía y filosofía* de la desrealización del trabajador por el trabajo enajenado en los siguientes términos: «Hasta tal punto aparece la realización del trabajo como desrealización del trabajador, que éste es desrealizado hasta llegar a la muerte por inanición. La objetivación aparece hasta tal punto como pérdida del objeto

y arrojado a una rutina de reproducción de su fuerza, sin más tiempo que para padecer la miseria y la persecución, ajeno al mundo: «¡La vida se ha hecho muy triste en un año; quizás cuando pase otro sea ya insoportable!... Trabajar, rezar, desconfiar, hablar siempre de las mismas cosas y escuchar á todas horas las mismas quejas ó amenazas: ¡esta es nuestra existencia!...» (Ciges 1908, 74).

LA GENERALIZACIÓN DE LO NARRADO

El último elemento que queremos añadir a la nómina de mecanismos que contrarrestan esa tendencia a fetichizar lo narrado en una novela reportaje es la generalización o universalización que el texto realiza de la situación narrada. Por una parte, el hecho de borrar la referencia concreta a la mayoría de nombres de lugares y personas dota a estos de una dimensión simbólica, en la que aluden a personajes y espacios tipo, al mismo tiempo que al caso concreto retratado. A este carácter universal, al menos en la realidad española, alude una reseña de Joaquín Dicenta¹⁷ publicada en *El Liberal* que, después de una extraña y personal descripción del autor, afirma:

El libro de Ciges Aparicio me traslada á un rincón de Cantabria. ¿Asturias? ¿Santander? El sitio no importa. Cualquiera de España Ofrece el mismo cuadro de opresión, de explotación y de miserias; idénticas peripecias en la lucha de clases, en el combate de trabajadores y capitalistas (Dicenta 1908, 3).

En relación a este carácter general de la narración, Lukács criticaba la novela reportaje que se limita a desvelar detalles concretos de la superficie:

el escritor que se encuentra en oposición pequeño-burguesa a la sociedad capitalista no puede partir del proceso general y sus fuerzas motrices, que no entiende. Quiere desenmascarar detalles. Pero tiene una importancia decisiva que estos detalles sean correctos. Porque tan pronto como el escritor no es capaz de estructurar el proceso general, se ve obligado a demostrar su caso concreto (o bien su complejo de casos concretos) (Lukács 1973a, 126).

En el texto de Ciges, sin embargo, podemos observar cómo la idea general y el funcionamiento del sistema de dominación que subyace a los efectos superficiales prima sobre la exactitud del detalle, tanto atendiendo al relato de conjunto como por comentarios explícitos de la voz autorial:

No respondo de reproducir con mecánica fidelidad las palabras de los dos hombres que alternativamente me hablan. Pero sí respondo de trasladar los exactos con-

que el trabajador se ve privado de los objetos más necesarios no sólo para la vida, sino incluso para el trabajo» (Marx 1972, 106).

¹⁷ Dicenta había publicado un año antes, en 1907, su obra teatral *Daniel*, de temática minera.

ceptos, porque ni el lugar ni los personajes son fingidos, y ellos, como las cosas que me cuentan, pueden sin gran trabajo contrastarse (Ciges 1908, 45).

Por otro lado, la generalización de lo narrado se hace en ocasiones explícita, por ejemplo cuando visita el pueblo cercano y explica que, pese a ser aún más opresiva la realidad tras la derrota de la aldea que retrata, no se diferencian las condiciones en lo esencial:

Tampoco he recibido ninguna impresión nueva. La calma de aquel pueblo se parece a la de este; la religiosa solemnidad del paisaje es idéntica a la que ahora nos envuelve. Los obreros que en aquellos montes excavan los negros tesoros no sufren menos que los de otras regiones, trabajando de sol a sol para ganar una sobria comida, y los cuarteles que habitan tampoco reúnen mejores condiciones higiénicas (Ciges 1908, 203-204).

Esta generalización no es óbice para ignorar que se parte del relato de un caso concreto, limitado a un espacio y un tiempo, explicado y retratado con un detalle que llega a acercar el texto al documento histórico: «*Los vencedores* supone un documento histórico importante en el que se muestran las relaciones de poder que se daban en la Asturias de principio de siglo» (Palomino 2013, 30). Si bien precisamente esa calidad casi histórica y documental se debe también al hecho de que se trata de un caso ejemplar en un contexto en el que se repiten en cada aldea la situación de miseria, los mecanismos de dominación, explotación y control y, en definitiva, el régimen de feudalismo industrial de un capitalismo en desarrollo que no se restringe a una aldea ni a una empresa.

CONCLUSIONES

Los vencedores constituye una novela reportaje de denuncia, que muestra una preocupación por la cuestión social y política, ocupándose de la lucha de clases. La obra supone un ejemplo de la evolución de la novela social que había comenzado a desarrollarse a partir de finales del siglo XIX y es precursora de la novela reportaje que se desarrollará ampliamente dos décadas después, con unas técnicas narrativas y temáticas que participan en la apertura de un nuevo camino en la novela social. En palabras de Alonso, la novela:

anticipa un tratamiento de la temática social que no habría de generalizarse hasta veinte años más tarde en nuestra literatura. La agilidad expositiva, las elipsis temporales entre las unidades de composición sin apoyaturas narrativas –puesto que el diálogo abre y cierra cada escena– confieren al conjunto un ritmo muy original en el que cierta continuidad temporal se ve contrapunteada con una irregular discontinuidad espacial (Alonso 1985b, 222).

La novela indaga y denuncia la situación de una aldea minera tras la derrota de la última huelga para, a partir del caso particular, describir la situación de

miseria de los trabajadores, desvelar los mecanismos de dominación y poner en diálogo algunas de las posibles vías de cambio o superación de ese sistema injusto que en ocasiones se denomina feudalismo industrial, en otras se llama directamente capitalismo. Como hemos visto a lo largo del análisis, si bien la novela reportaje corre el riesgo de convertir el caso recogido en totalidad inamovible o, en palabras de Lukács, fetichizar lo narrado, el texto de Ciges evita esta cristalización a través de distintos mecanismos que ofrecen un retrato en movimiento de un episodio como parte de un proceso de la lucha de clases.

El empleo de este formato para narrar la realidad de la aldea y realizar una denuncia de ese feudalismo industrial del capitalismo en desarrollo que vive la España de la época, no puede ser casual. Más allá de enmarcarse en un contexto de cierto auge de la prensa, o del hecho de que el propio autor trabaje como periodista, el formato es resultado de la negociación que está teniendo lugar entre la literatura y lo real. Si uno de los límites que planteaba Lukács sobre este tipo de novela era la lejanía con la realidad de la clase obrera, aquí se busca no solo representar esa realidad, cosa que también se realiza, sino directamente darles voz. La intermediación entre la realidad y su representación busca así reducirse, como forma de llevar la realidad de forma más directa a los lectores o a las masas, como se dirá más adelante.

Esto no quiere decir que no encontremos elementos que podemos denominar propiamente literarios, en un texto que busca la coherencia entre los distintos fragmentos, en ocasiones armónica en otras en tensión, logrando una construcción caleidoscópica apoyada en la polifonía y el dialogismo que la caracteriza, y que no huye de la búsqueda del disfrute estético como se evidencia en algunas de sus descripciones de distintos espacios, la llegada a la aldea que contiene una suerte de prólogo lírico, o las referencias al ambiente como la siguiente: «Fría es la lluvia. Profunda es la noche. Los relámpagos culebrean sobre los montes. Allende los montes, que a la pálida luz de las exhalaciones se revelan informes, ruge la tempestad...» (Ciges 1908, 177).

Literariedad y búsqueda de una representación directa de la realidad, novela y reportaje se encuentran en esta novela, multiplicando la fuerza de una denuncia, un desvelo de los mecanismos de dominación y una muestra de salidas que, si bien se queda a medio camino, parece anunciar una explosión que trate de acabar con el sistema. *Los vencidos* es una novela indispensable para conocer el régimen español de principios de siglo y una pieza de gran relevancia en el desarrollo de la novela social y política que no merece seguir guardada en un cajón.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Alonso Alonso, Cecilio Nicolás. 1985a. *Vida y obra de Manuel Ciges Aparicio*, I. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense.

- Alonso Alonso, Cecilio Nicolás. 1985b. *Vida y obra de Manuel Ciges Aparicio*, II. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense.
- Bajtin, Mijael M. 2005. *Problemas de la poética de Dostoievski*. Traducido por Tatiana Bubnova. México: Fondo de cultura económica.
- Blanco Aguinaga, Rodríguez Puértolas y Zavala, Iris M. 2000. *Historia social de la literatura española (en lengua castellana)*. Madrid: Akal.
- Ciges Aparicio, Manuel. 1908. *Los vencedores*. Madrid: M. Pérez Villavicencio.
- Ciges Aparicio, Manuel. 2003. *Los vencidos*. Huelva: Diputación Provincial.
- Delmiro Coto, Benigno. 1993. *La voz en el pozo. El trabajo de las minas y su presencia en la literatura*. Madrid: Akal.
- Delmiro Coto, Benigno 1999. «Negociación y conflicto en la literatura minera». *Ábaco: Revista de cultura y ciencias sociales*, 21/22: 47-57.
- Dicenta, Joaquín. 1908. «Crónica. Dos libros». *El Liberal*, 27 de abril de 1908, 3.
- Fuentes, Víctor. 1993. «La novela social Española 1927-1936: panorámica de un diverso perfil temático y formal». *Letras Peninsulares* [volumen dedicado a *La otra cara del 27: La novela social española, 1923-1939*, editado por Víctor Fuentes y Mary S. Vázquez], 6, 1, 9-29.
- Leñero, Vicente y Marín, Carlos. 1986. *Manual de periodismo*. México D. F.: Grijalbo.
- Lukács, György. 1973a. «¿Reportaje o configuración? Observaciones críticas con ocasión de la novela de Ottwalt». En *Sociología de la literatura*, traducido por Michael Faber-Kaiser, 119-138. Barcelona: Península.
- Lukács, György. 1973b. «Las novelas de Willi Bredel». En *Sociología de la literatura*, traducido por Michael Faber-Kaiser, 297-302. Barcelona: Península.
- Lukács, György. 1966a. *Teoría de la novela*. Traducido por Juan José Sebrelli. Buenos Aires: Siglo Veinte.
- Lukács, Georg. 1966b. *La novela histórica*. Traducido por Jasmin Reuter. México: Era.
- Martínez Arnaldos, Manuel. 2007. «El Cuento Semanal. Presentación: proyecto y proyección». *Monteagudo: Revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura*, 12: 11-26.
- Marx, Karl. 1972. *Manuscritos: economía y filosofía*. Traducido por Francisco Rubio Llorente. Madrid: Alianza.
- Navarro Domínguez, Eloy. 2003. «Estudio». En *Los vencidos*, Manuel Ciges Aparicio, 55-65. Huelva: Diputación Provincial de Huelva.
- de Nora, Eugenio G. 1969. *La novela española contemporánea (1898-1927)*. Madrid: Gredos.
- Núñez, Gabriel. 2014. «Las historias de la literatura y la canonización de autores y obras en el sistema educativo español». *Revista de Literatura* LXXVI, 151: 39-55. <https://doi.org/10.3989/revliteratura.2014.01.002>
- Palacio Valdés, Armando. 1903. *La aldea perdida*. Madrid: Hijos de M. G. Hernández.
- Palomino Tizado, Natalia. 2013. «Edición crítica y estudio». En *Los vencedores*, Manuel Ciges Aparicio, 9-51. Huelva: Diputación Provincial de Huelva.
- Pujante Segura, Carmen M.^a 2017. «La historia y la teoría literarias ante la novela corta contemporánea en España (desde mediados del siglo XX hasta hoy)». En *La teoría literaria ante la narrativa actual*, editado por Manuel Martínez Arnaldos y Carmen M.^a Pujante Segura, 155-166. Murcia: Editum.
- Ruiz, David. 1981. «Quinta Parte. España 1902-1923: Vida política, social y cultural». En *Historia de España. Vol. VIII. Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923)*, editado por Manuel Tuñón de Lara, 459-526. Barcelona: Labor.

- Tuñón de Lara, Manuel. 1981. «*Introducción (1900-1913)*». En *Historia de España. Vol. VIII. Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923)*, editado por Manuel Tuñón de Lara, 407-414. Barcelona: Labor.
- Tuñón de Lara, Manuel. 2017. *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*. Pamplona: Urgoiti.
- Villanueva, Darío. 1989. *El comentario de textos narrativos: La novela*. Gijón: Júcar.

Fecha de recepción: 4 de junio de 2021.

Fecha de aceptación: 21 de diciembre de 2021.